

IV

Serían las nueve cuando rompimos filas los de mi batallón, porque, faltos de acuartelamiento, se nos permitía dejar el puesto por algunas horas, siempre que no hubiera peligro. Corrimos Agustín y yo hacia el Pilar, donde se agolpaba un gentío inmenso, y entramos difícilmente. Quedéme sorprendido al ver cómo forcejeaban las personas allí reunidas para abrirse paso hacia la capilla en que mora la Virgen del Pilar. Los rezos, las plegarias y demostraciones de agradecimiento formaban un conjunto que no se parecía á los rezos de ninguna clase de fieles. Más que rezo era un hablar continuo, mezclado de sollozos, gritos, palabras tiernísimas y otras de íntima, de ingenua confianza, como suele usarlas el pueblo español con los santos que le son queridos. Caían de rodillas, besaban el suelo, se asían á las rejas de la capilla, dirigíanse á la imagen santa llamándola con los nombres más familiares y más patéticos del idioma. Los que por la aglomeración de la gente no podían acercarse, hablaban con la Virgen desde lejos agitando sus brazos. Allí no había sacristanes que prohibieran los modales descompuestos y los gritos irreverentes, porque éstos y aquéllos eran hijos del desbordamiento de la devoción, semejante á un delirio. Faltaba el silencio solemne de los lugares sagrados; todos estaban allí como en su casa; como si la casa de la Virgen querida, madre, ama y reina de los zaragozanos, fuese también casa de sus hijos, siervos y súbditos.

Asombrado de aquel fervor, que la familiaridad hacía más interesante, pugué por abrirme paso hasta la reja, y vi la célebre imagen. ¿Quién no la ha visto, quién no la conoce, al menos por las estampas y las

esculturas que la han reproducido hasta lo infinito de un extremo á otro de las Españas?... Contemplé la Virgen, admirando su portentosa incrustación dentro del alma aragonesa, y á empujones nos apartamos de la capilla. Por la inquietud de Agustín y su rápido mirar á una parte y otra, comprendí que en el Pilar se había citado con Mariquita. Así era. De improviso, apretándome el brazo, me dijo: «Mírala... Allí está con la vieja *Guedita*.» Diciendo esto, codeaba á un lado y otro para abrirse paso, estropeando espaldas y pechos, pisando pies, chafando sombreros y arrugando vestidos. Yo seguía tras él, causando iguales estragos á derecha é izquierda, y por fin llegamos á la joven, que era realmente hermosa, según pude reconocerlo en aquel momento por mis propios ojos. Junto á ella vi á la vieja guardiana *doña Guedita*, desdentada y risueña, boca y nariz copiadas del perfil de una cabeza de tortuga, negro manto, manos sarmentosas armadas de rosario... Sedientos de conversación, se trabaron de tiernas palabras los novios; pero no habían pronunciado veinte, cuando un hombre se nos acercó de súbito, nos miró con ojos centellantes, y cogiendo á la niña bonita por un brazo, enojadamente le dijo: «¿Qué haces aquí?... Y usted, tía Guedita, ¿por qué la trae al Pilar sin mi permiso? ¡Á casa, á casa pronto!»

Empujándolas con muy malos modos, las llevó hasta la puerta, y por ella desaparecieron los tres. En mi memoria quedaron grabados el rostro y facha del Tío Candiola, que eran en verdad harto desapacibles. Su flaqueza, la forma ganchuda de la nariz, su mirar oblicuo, los largos pelos de las cejas blanquinegras, la tez amarilla, el ronco metal de voz, el pelucón de bolsa con que ocultaba su calva, le hacían atrocemente antipático y un tanto siniestro.

Causábame extrañeza la hostilidad de aquel tipo al

noviazgo de su niña con el hijo de un señor tan alto como D. José de Montoria, y Agustín me sacó de dudas diciéndome: «Este avariento miserable guarda á su hija como un saco de onzas, y no está dispuesto á darla á nadie. Además, tiene antiguos resentimientos con mi padre, porque éste libró de sus garras á unos infelices deudores.» Añadió luego, con más intenso dolor y melancolía, ésta otra confidencia: «Por la parte de mi familia son mayores aún los obstáculos... ¡Pues no te digo nada si mi señor padre y mi señora madre llegan á saber que quiero á Mariquilla! Me tiemblan las carnes sólo de pensarlo... ¡Un hijo de D. José de Mon-



toria enamorado de la hija del Tío Candiola! ¡Qué horrible pensamiento! ¡Un joven que formalmente está destinado á ser obispo... obispo, Gabriel; yo voy á ser obispo, en el sentir de mis padres!»

Diciendo esto, Agustín golpeó con su cabeza el sagrado muro en que nos apoyábamos.

«Difícil arreglo tiene esto» dije, yo, buscando la salida entre el apretado gentío. Y él, enamorado y creyente, me contestó: «Arreglo puede haber, Gabriel amigo, si de ello se encarga la Virgen del Pilar.»

El día siguiente, 22, fué cuando Palafox dijo al parlamentario de Moncey que vino á proponerle la rendición: *No sé rendirme: después de muertos, hablaremos de eso...* Muy envalentonados estaban los defensores con la brillante acción del 21 en el Arrabal. Era preciso dar desahogo al ardor de los sitiados, disponer al-

gunas salidas. Hizo una Renovales el 24, otra el 25 don Juan O'Neill con los Voluntarios de Aragón y de Huesca, y tuvo la suerte de coger descuidado al enemigo, matándole bastantes hombres, y el 31 hicimos la más eficaz de todas, por dos distintos puntos y con fuerzas considerables. En ésta le tocó á mi batallón marchar de los primeros, á las órdenes de Renovales. Nuestro objetivo era mortificar á los franceses en su centro, desde Torrero al camino de la Muela, mientras el Brigadier Butrón lo hacía por la Bernardona con bastantes fuerzas de Infantería y Caballería.

Para distraer la atención del enemigo, se dispuso desplegar en guerrillas alguna fuerza por las Tenerías. En tanto avanzamos por el camino de Madrid, y antes que los franceses nos vieran, caímos sobre ellos, veloces como gamos, y arrollábamos la primera tropa que nos salió al paso. Tras una torre medio destruida se hicieron fuertes algunos, y dispararon con encarnizamiento y buena puntería. Por un instante permanecimos indecisos; pero Renovales se lanzó delante y nos llevó, matando á boca de jarro y á bayonetazos á cuantos defendían la casa. En el momento en que pusimos el pie dentro del patinillo delantero, advertí que mi fila se clareaba; vi caer, exhalando el último gemido, á algunos compañeros; miré á mi derecha, temiendo no encontrar entre los vivos á mi mejor amigo; pero Dios le había conservado. Montoria y yo salimos ilesos.

Sin perder tiempo, Renovales nos dió orden de seguir hacia la línea de atrincheramiento que los imperiales construían. Se comprenderá, por lo que llevo referido, que los franceses no esperaban aquella salida, y que, completamente descuidados, sólo tenían allí las escoltadas cuadrillas de ingenieros que abrían las zanjas de la primera paralela. Les embestimos con

horroroso fuego, aprovechando muy bien los minutos antes que llegasen fuerzas temibles; cogíamos prisioneros á los que encontrábamos sin armas; matábamos á los que las tenían; recogíamos los picos y azadas, todo esto con ligereza sin igual, animándonos con palabras ardientes, y exaltados con la idea de que nos veían desde la ciudad.

En aquel lance todo fué venturoso, porque mientras nosotros destrozábamos á los trabajadores de la primera paralela, las tropas que por el Portillo habían salido á las órdenes del Brigadier Butrón empeñaban un combate muy feliz contra los destacamentos del enemigo en la Bernardona. Mientras los voluntarios de *Huesca* y los granaderos de *Palafox* arrólaban la Infantería francesa, aparecieron los escuadrones de *Númancia* y *Olivenza*, cautelosamente salidos por la puerta de Sancho. Describiendo una gran vuelta, habían venido á ocupar el camino de Alagón por una parte y el de la Muela por otra, precisamente cuando los franceses retrocedían en demanda de mayores fuerzas que les auxiliaran. Hallándose en su elemento los briosos caballos, lanzáronse por el arrecife, destruyendo cuanto encontraban al paso, y allí fué el caer y el atropellarse de los desgraciados infantes que huían hacia Torrero. En su dispersión, unos corrían, arrojándose en las acequias por no poder saltarlas; otros se entregaban á discreción, soltando las armas; algunos se defendían con heroísmo, dejándose matar antes que rendirse.

Todo esto que he referido con la mayor concisión posible pasó en brevísimo tiempo... Tocaron á generala en Monte Torrero, y vimos que venía contra nosotros fuerte Caballería. Pero los de Renovales, lo mismo que los de Butrón, habíamos conseguido nuestro deseo y no teníamos para qué esperar á los que tan á deshora llegaban.

Cuando volvíamos á la ciudad, vimos la muralla invadida de gozoso gentío. Recibidos éramos con exclamaciones delirantes, y desde San José hasta más allá de Trinitarios, la larga fila de ancianos, mujeres y niños, mirando hacia el campo, encaramados sobre la muralla y batiendo palmas á nuestra llegada, ó saludándonos con sus pañuelos, presentaba un golpe de vista magnífico. Después tronó el cañón; los reductos hicieron fuego á la vez sobre el llano que acabábamos de abandonar, y aquel estruendo formidable parecía una salva triunfal, según se mezclaban con él los cantos, los vítores, las exclamaciones de júbilo.

V

Desde aquel día, tan memorable en el segundo sitio como el de las Eras en el primero, empezó el gran trabajo, el gran frenesí, la exaltación ardiente en que vivieron por espacio de mes y medio sitiadores y sitiados.

Os hablaré ahora del famoso *Reducto del Pilar*, levantado en la cabecera del puente de la Huerva. Era una obra esmerada, un excelente modelo del arte de la fortificación. Sus ocho cañones, cuyos fuegos se cruzaban con los de San José, amenazaban la primera y segunda paralela construída en zizás por los franceses. Jefe del reducto era Larripa; Betbesé mandaba la Artillería, y los Ingenieros el gran Simonó, oficial distinguidísimo, tan sabio como valiente. Mi batallón, con algunos Voluntarios aragoneses, soldados del Resguardo y varios paisanos armados componíamos la guarnición. Sobre la puerta de entrada, al extremo del puente, pusimos esta inscripción: *Reducto inconquistable de Nuestra Señora del Pilar*.

El suministro de provisiones nos lo hacía, más que

la Junta, la caridad de las buenas vecinas de aquel barrio, que así cuidaban de los heridos, como atendían al socorro y alimentación de los ilesos. En diferentes horas de un mismo día variaba de aspecto nuestro Reducto: tan pronto era campo de muerte como salón de canto y baile; tan pronto merendero como hospital de sangre y lugar de amenas tertulias. En aquel centro militar y festivo se marcaron bien pronto algunos tipos populares, de los que os hablaré brevemente. Señalaré al famoso Pirli, un muchacho de los arrabales, labrador, como de diez y ocho años, de condición tan festiva, que los lances peligrosos desarrollaban en él una alegría nerviosa y febril. Jamás le vi triste, y cuando las balas silbaban en torno suyo, bailaba con graciosos gestos y cabriolas. Su traje de andrajos casi á la desnudez equivalía; se cubría la cabeza con un morrión, ó con gorra de pelo cogida á los franceses muertos.

Otro gran tipo era el Tío Garcés, formidable baturro, de cincuenta años, rostro curtido y miembros de acero, ágil cual ninguno en los movimientos, imperturbable ante el fuego como una máquina, poco hablador, bastante desvergonzado cuando rompía en exclamaciones de ira. Vestía pobremente; dormía sin abrigo, y comía menos que un anacoreta: dos pedazos de pan y dos mordiscos de cecina, dura como cuero, le bastaban para un día.

Ved otro singular tipo. Por el puente venía despacito, apoyándose en grueso bastón y seguido de un perrillo travieso que ladra á todo transeunte por pura fanfarronería y sin intención de morder. Era el Padre Fray Mateo del Busto, lector y calificador de la Orden de Mínimos, capellán del segundo tercio de voluntarios de Zaragoza, insigne varón, anciano y achacoso, que visitaba ordinariamente todos los puestos de peli-

gro, socorriendo heridos, auxiliando moribundos, llevando municiones á los sanos, y animando á todos con su dulce palabra. Entró en el Reducto, rendido al peso de una grande y pesada cesta.

«Estas tortas—dijo sentándose en el suelo y sacando uno por uno los objetos que iba nombrando— me las ha dado la Excma. Sra. Condesa de Bureta, y estas empanadas D. Pedro Ric. Aquí tenéis también unas lonjas de buen jamón, que son de mi Convento. Á ver qué os parece esta botellica de vino. ¿Cuánto darían por ella los gabachos que tenemos enfrente?»

Todos miramos hacia el campo. El perrillo, saltando denodadamente á la muralla, empezó á ladrar á las líneas francesas.

«También os traigo unas cuatro libras de orejones, que se han conservado en la despensa de nuestra casa. Ibamos á ponerlos en aguardiente; pero primero que nadie sois vosotros, valientes muchachos. No creas que me olvido de ti, querido Pirli: como estás casi desnudo y sin manta, te he traído un magnífico abrigo. Mira: es un hábito viejo que tenía guardado para darlo á un pobre: ahora te lo regalo para que cubras y abrigues tus carnes. Es vestido impropio de un soldado; pero si el hábito no hace al monje, tampoco el uniforme hace al militar. Póntelo, y estarás muy holgadamente con él.»

El fraile dió á nuestro amigo el hábito, y éste se lo puso entre risas y jácara de una y otra parte; y como aun conservaba, llevándolo constantemente en la cabeza, el alto sombrero de piel que el día 31 había cogido en el campamento enemigo, hacía la figura más extraña que puede imaginarse.

Poco después llegaron algunas mujeres, también con cestas de provisiones. La aparición del sexo femenino transformó de súbito el aspecto del Reducto. No sé de

dónde sacaron la guitarra: un soldado aragonés empezó á rasguear primorosamente los compases de la incomparable, de la divina, de la inmortal jota, y en un momento se armó gran jaleo de baile. Pirli, cuya grotesca figura empezaba en granadero francés y acababa en fraile español, era el más exaltado de los bailarines, y no se quedaba atrás su pareja, una muchacha graciosísima, vestida de serrana, á quien llamaban Manuela. Representaba veinte ó ventidós años, y era delgada, de tez pálida y fina. La agitación del baile inflamó bien pronto su rostro, y por grados avivaba sus movimientos, insensible al cansancio. Con los ojos medio cerrados, las mejillas enrojecidas, agitando los brazos al compás de la grata cadencia, sacudiendo con graciosa presteza sus faldas, cambiando de lugar con paso ligerísimo, presentándose, ora de frente, ora de espaldas, Manuela nos tuvo encantados durante largo rato. Viendo su ardor coreográfico, más se animaban el músico y los demás bailarines, y con el entusiasmo de éstos aumentábase el de ella, hasta que al fin, cortado el aliento y rendida de fatiga, aflojó los brazos, y cayó sentada en tierra sin respiración, encendida como la grana.

Al punto formamos ruedo en torno de las cestas traídas por el fraile y las mozas, y á comer se ha dicho. Sacando las provisiones, Manuela pronunció esta frase desconsoladora: «Queda poco, y si esto dura comeréis ladrillos.»

«Comeremos metralla amasada con pólvora — dijo Pirli; — Manuela Sancho, ¿se te ha pasado ya el miedo á los tiros?»

Al decir esto, tomó con presteza su fusil, disparándolo al aire. La moza dió un fuerte grito, y sobresalta huyó de nuestro grupo.

«No tiembles, *chiquia* — dijo el fraile. — Las mujeres

valientes no se asustan del ruidico de la pólvora; antes bien, deben encontrar en él tanto agrado como en el son de las castañuelas y bandurrias.

— Cuando oigo un tiro — dijo Manuela acercándose medrosa, — no me queda gota de sangre en las venas.»

En aquel instante, los franceses, que sin duda querían probar la artillería de su segunda paralela, dispararon un cañón, y la bala vino á rebotar contra la muralla del Reducto, haciendo estrago en los deleznable adobes.

Levantáronse todos á observar el campo enemigo; la serrana lanzó una exclamación de terror, y Garcés púsose á dar gritos desde una tronera, injuriando á Francia con los más atroces terminachos baturros. El perrillo, recorriendo la cortina de un extremo á otro, ladraba con exaltada furia.

«Manuela, echemos otra jota al son de esta música, y ¡viva la Pilarica!», exclamó Pirli saltando como un insensato.

Impulsada por la curiosidad, alzábase Manuela lentamente, alargando el cuello para mirar al campo por encima de la muralla. Luego, al extender los ojos por la llanura, parecía disiparse poco á poco el miedo en su espíritu pusilánime, y al fin la vimos observando la línea enemiga con cierta serenidad y hasta con un poco de complacencia.

«Uno, dos, tres cañones — dijo contando las bocas de fuego que á lo lejos se divisaban. — Vamos, *chiquios*, no tengáis miedo. Eso no es nada para vosotros.»

Oímos hacia San José estrépito de fusilería, y en nuestro Reducto el tambor mandó tomar las armas. Del fuerte cercano había salido una pequeña columna que se tiroteaba de lejos con los trabajadores franceses. Algunos de éstos parecían próximos á ponerse al alcance de nuestros fuegos. Corrimos todos á las aspi-

lleras, dispuestos á enviarles un poco de *pedrisco*, y sin esperar la orden del jefe, algunos dispararon sus fusiles con gran algazara. En tanto Manuela temblaba, dando diente con diente, desfigurado el rostro por amarillez repentina; pero una curiosidad irresistible la retuvo en la muralla.

«Manuela—le dijo Agustín,—¿no te vas? ¿No te causa temor esto que estás mirando?»

La serrana, con la atención fija en aquel espectáculo, asombrada, trémula, los labios blancos y el pecho palpitante, ni se movía ni hablaba.

«Manolica — gritó Pirli, corriendo hacia ella,—toma mi fusil y dispáralo.»

Contra lo que esperábamos, la moza no hizo movimiento alguno de terror.

«Tómalo, *maña* — añadió Pirli, haciéndole tomar el arma; — pon el dedo aquí, apunta afuera y tira. ¡Viva la segunda artillera Manuela Sancho, y la Virgen del Pilar!»

La serrana tomó el arma. Á juzgar por su actitud y el estupor inmenso revelado en su mirar, creyérase que ella misma no se daba cuenta de su acción. Pero alzando el fusil con mano temblorosa, apuntó hacia el campo, tiró del gatillo, hizo fuego.

Mil gritos y ardientes aplausos acogieron este disparo, y la moza soltó el arma. Estaba radiante de satisfacción, y el júbilo encendió de nuevo sus mejillas.

«¿Ves?, ya has perdido el miedo—dijo el Mínimo.— Si á estas cosas no hay más que tomarlas el gusto.

— ¡Venga otro fusil! — gritó la serrana, — que quiero tirar otra vez.»

Pero los franceses se habían retirado, y no había ocasión de repetir la proeza. Volvimos al ruedo para seguir comiendo. El fraile, llamando á su perrillo, le decía:

«Basta, hijo, no ladres tanto, ni lo tomes tan á pechos, que vas á quedarte ronco. Guarda ese arrojo para mañana: por hoy, no hay en qué emplearlo, pues si no me engaño van á toda prisa á guarecerse detrás de sus parapetos.»

Un rato después sonó de nuevo la guitarra, y comenzaron los dulces vaivenes de la jota con Manuela Sancho y el gran Pirli en primera línea.

VI

Al día siguiente muy temprano, las baterías francesas que embocaban sus tiros contra los fuertes de San José y el Pilar, empezaron á hacer fuego; ¡pero qué fuego! ¡Todo el mundo á las troneras, ó al pie del cañón! ¡Fuera almuerzos, fuera desayunos, fuera melindres! Los aragoneses no se alimentan sino de gloria. El *Reducto inconquistable* contestó al insolente sitiador con orgulloso cañoneo, y bien pronto el gran aliento de la patria dilató nuestros pechos. Las balas rasas, rebotando en la muralla de ladrillo y en los parapetos de tierra, destrózan el Reducto, cual si fuera un castillo de dulce apedreado por un niño; las granadas, cayendo entre nosotros, reventaban con estrépito, y las bombas, pasando con pavorosa majestad sobre nuestras cabezas, iban á caer en las calles y en los techos de las casas.

¡Á la calle todo el mundo! No haya gente cobarde ni ociosa en la ciudad. Los hombres á la muralla, las mujeres á los hospitales de sangre, los chiquillos y los frailes á llevar municiones. ¡Á la calle todo el mundo, y con tal que se salve el honor, perezcan la ciudad y la casa, la iglesia y el convento, el hospital y la hacienda, que son cosas terrenas! Los zaragozanos, despreciando

los bienes materiales, como desprecian la vida, viven con el espíritu en los infinitos espacios de lo ideal.

En los primeros momentos nos visitó el Capitán General, con otras muchas personas distinguidas, tales como D. Mariano Cereso, el cura Sas, el General O'Neill, San Genis y D. Pedro Ric. También estuvo allí el bravo, generoso y campechano D. José de Montoria, que abrazó á su hijo, diciéndole: «Hoy es día de vencer ó morir. Nos veremos en el cielo.»

Á un mismo tiempo y con igual furia atacaban los franceses el Reducto del Pilar y el Fortín de San José. Éste, aunque ofrecía un aspecto más formidable, había de resistir menos por estar construido al amparo de un vasto edificio, que los cañones enemigos convertían paulatinamente en ruinas. Desplomándose de rato en rato pedazos de paredón, muchos defensores morían aplastados. Nosotros estábamos mejor: sobre nuestras cabezas no teníamos más que cielo, y si ningún techo nos guarecía de las bombas, tampoco se nos venían encima masas de piedra y ladrillo.

Nosotros habíamos tenido buen número de muertos y muchos heridos. Éstos eran al punto llevados á la ciudad por los frailes y las mujeres; pero aquéllos aun prestaban el último servicio con sus fríos cuerpos, porque estoicamente los arrojábamos á la única brecha que había logrado abrirnos el cañón francés, y que tapamos con sacos de lana y tierra.

Durante la noche, no descansamos ni un solo momento, y la mañana del 11 nos vió poseídos del mismo frenesí, ya disparando las piezas contra la trinchera enemiga, ya acribillando á fusilazos á los pelotones que venían á flanquearnos, sin abandonar ni un instante la operación de tapar la brecha, que de hora en hora iba agrandando su horroroso espacio vacío. Así no sostuvimos toda la mañana, hasta el momento en

que dieron el asalto á San José, ya convertido en un montón de ruinas, y con gran parte de su guarnición muerta. Aglomerando entonces grandes fuerzas contra nosotros, con objeto de hacer practicable la brecha que nos habían abierto, avanzaron por el camino de Torrero con dos cañones de batalla, protegidos por una columna de Infantería.

En aquel instante nos consideramos perdidos; temblaron los endebles muros, y los ladrillos y adobes se desbarataban en mil pedazos. Acudimos á la brecha, que se abría y se abría cada vez más. Era locura tratar de tapar aquel hueco formidable; hacerlo á pecho descubierto era ofrecer víctimas sin fin al furioso enemigo. Abalanzáronse muchos con sacos de lana y paletadas de tierra, y más de la mitad quedaron yertos en el sitio. Cesó el fuego de cañón, porque parecía innecesario; hubo un momento de pánico indefinible; se nos caían de las manos los fusiles; nos vimos aniquilados por lluvia de disparos que parecían incendiar el aire, y nos olvidamos del honor, de la muerte gloriosa, de la Patria y de la Virgen del Pilar, cuyo nombre decoraba la puerta del baluarte inconquistable. Rebajado de improviso el nivel moral de nuestras almas, todos los que no habíamos caído deseamos unánimemente la vida, y saltando por encima de los heridos y pisoteando los cadáveres, huímos hacia el puente, abandonando aquel horrible sepulcro antes que se cerrara enterrándonos á todos.

En el puente nos agolpamos con furor y desorden invencibles. Los jefes, azotando de plano nuestras viles espaldas, nos gritaban: «¡Atrás, canallas!... ¡El Reducto del Pilar no se rinde!... ¡Á morir en la brecha!»

En el Reducto no había más que muertos y heridos. De repente vimos que entre el denso humo y el espeso polvo, saltando sobre los exánimes cuerpos y los mon-

tones de tierra, sobre las ruinas y las cureñas rotas y el material deshecho, avanzaba una figura impávida, pálida, grandiosa, imagen de la serenidad trágica. Era una mujer que se había abierto paso entre nosotros, y penetrando en el Recinto abandonado, marchaba majestuosa hasta la horrible brecha. Pirli, que en el suelo yacía herido en una pierna, exclamó con terror:

«Manuela Sancho, ¿adónde vas?»

Todo esto pasó en mucho menos tiempo del que empleo en contarlo. Tras de Manuela Sancho se lanzaron dos, luego tres, luego muchos, y al fin todos los demás, azuzados por los jefes que á sablazos nos llevarón otra vez al puesto del deber. Ocurrió esta transformación portentosa por un simple impulso del corazón de cada uno, obedeciendo á sentimientos que á todos se comunicaban... Ni sé por qué fuimos valientes á los pocos segundos de haber sido cobardes. Lo que sé es que, movidos todos por fuerza extraordinaria, poderosísima, sobrehumana, nos lanzamos á la brecha tras la heroica mujer, á punto que los franceses intentaban con escalas el asalto; y sin que tampoco sepa decir la causa, nos sentimos con centuplicado vigor, y aplastamos, arrojándolos en lo profundo del foso, á los hombres de algodón que antes nos parecieron de acero. Á tiros, á sablazos, con granadas de mano, á paletadas, á golpes, á bayonetazos, defendimos el paso de la brecha, y los franceses se retiraron, dejando mucha gente al pie de la muralla. Volvieron á disparar los cañones, y el Reducto inconquistable no cayó el día 11 en poder de Francia.

Cuando la tempestad de fuego se calmó no nos conocíamos: estábamos transfigurados, y algo nuevo y desconocido palpitaba en lo íntimo de nuestras almas, dándonos una ferocidad inaudita. Al día siguiente decía Palafox con elocuencia: «*Las bombas, las granadas*

y las balas no mudan el color de nuestros semblantes, ni toda la Francia lo alteraría.»

Rendido el Fortín de San José, trabajamos sin descanso el 12 y el 13 para reparar los muros, mejor dicho, para substituirlos con sacos de tierra. Amainó el fuego: los sitiadores comprendían que ello era obra de paciencia y estudio, y abrían despacio y sin riesgo zanjás, caminos cubiertos en ziszás que les trajesen á la posesión del fuerte sin pérdida de gente. Nuestros cañones estaban casi inservibles, el foso casi cegado, y era forzoso continuar la defensa á tiro de fusil. El 14, la Artillería imperial desbarató de nuevo nuestros trabajos, abriéndonos más brechas por los costados y el frente. En esta situación el Reducto habría de rendirse más tarde ó más temprano, pues se hallaba á merced de los tiros del francés, como un barco á merced de las olas del Océano.

El único recurso era minar nuestro fuerte para volarlo en el momento en que entraran en él los franceses, y destruir también el puente para impedir que nos persiguieran. Así se hizo, y durante la noche del 14 al 15 trabajamos sin descanso en la mina y pusimos los hornillos del puente, esperando que los enemigos se echasen encima el día siguiente. Estábamos desesperados, sin poder hacer nada, sin que la misma desesperación nos sirviera para la defensa. Era una fuerza inútil, como la cólera del loco en su jaula.

Desclavamos el tablón que decía *Reducto inconquistable*, para llevarnos aquel testimonio de nuestra justificada jactancia, y al anohecer fué abandonado el fuerte, quedando sólo cuarenta hombres para custodiarlo hasta el fin y *matar lo que se pudiera*. Desde la torre del Pino presenciábamos la retirada de los cuarenta, á eso de las ocho de la noche, después de batirse en retirada con inaudita bravura. La mina del interior

del fuerte hizo muy poco efecto; pero los hornillos del puente desempeñaron tan bien su cometido, que el paso quedó roto y el Reducto aislado en la otra orilla de la Huerva. Adquirido este sitio y San José, los franceses tenían el apoyo suficiente para abrir su tercera paralela y batir cómodamente todo el circuito de la ciudad.

La furia francesa arreció de tal modo desde aquel avance, que la ciudad recibió en menos de dos horas mayor número de proyectiles que en el resto de la noche. Ya no había asilo seguro; ya no había un palmo de suelo ni de techo libre de aquel fuego satánico. Huían las familias de sus hogares, ó se refugiaban en los sótanos; los heridos, que abundaban en las principales casas, eran llevados á las iglesias, buscando reposo bajo las fuertes bóvedas; otros salían arrastrándose; otros, más ágiles, llevaban á cuestas sus propias camas. Los más se acomodaban en el Pilar, y después de ocupar las naves, tendíanse en los altares y obstruían las capillas. Á pesar de tantos infortunios, se consolaban con mirar á la Virgen, la cual, sin cesar, con el lenguaje de sus brillantes ojos, les decía *que no quería ser francesa*.

VII

Mi batallón no tomó parte en las salidas de los días 22 y 24, ni en la defensa del *Molino de Aceite* y de las posiciones colocadas á espaldas de San José. En una de éstas, que bien podrían llamarse escaramuzas, fué gravemente herido el hijo mayor de Montoria, Manuel. Su esposa, su madre D.^{ña} Leocadia con solícitos cuidados le sacaron adelante, y en febrero se le vió nuevamente en los lugares y ocasiones de mayor peligro. Por mi parte, tuve algún descanso después de las horribles

jornadas del *Reducto del Pilar*. Durante unos días mi única tarea fué acompañar á D. José Montoria en la requisa que se hizo en toda la ciudad para remediar la escasez de provisiones de boca. La Junta de Abastos previno que sin demora se recogiera lo que los generosos vecinos quisieran dar, obligando á los reacios á vender el género á los precios que tuvo antes del sitio.

Sin dificultad acopiamos algunos artículos, harina, embutidos, lana, sal, cecina, cebada, vino, etc..., ofrecidos con largueza patriótica por tenderos y comerciantes. Poca resistencia encontramos, y la más tenaz y vil fué la de aquel *Tío Candiola* que antes os di á conocer, el padre de la novia de mi amigo Agustín Montoria. Hombre más sórdido, más cerrado á los requerimientos del patriotismo y de la caridad, no he visto en mi vida. Creo que era, en toda Zaragoza, el único que se mostraba insensible al sacrificio heroico de los defensores de la ciudad.

Sabida por el gran Montoria la tacañería del aborreido balear, nos llevó á la casa de éste, llamamos á la puerta con estruendo, asomó por un ventanuco la espeluznante vieja *doña Guedita*, la cual quiso despedirnos con avinagradas expresiones; vimos después una hermosa mano que levantaba la cortina, dejando ver una carita inmutada y pálida, unos ojos grandes y vivos que dirigieron hacia la calle miradas de terror. Mi compañero Agustín, en cuanto vió la dulce imagen de Mariquilla, se escabulló bonitamente, por no exponerse ante su padre á una escena desagradable y embarazosa con la doncellita de sus juveniles amores. Repetimos, á una orden de Montoria, los furibundos porrazos en la puerta. Ésta se abrió al fin, y apareció el ogro, el maldito avariento y tirano doméstico, D. Jerónimo de Candiola, echando veneno por ojos y boca. Á la conminación de D. José pidiendo que se le entregaran los

costales de harina al precio de *cuarenta y ocho reales*, señalado por la Junta de Abastos, contestó que no daría por menos de *ciento sesenta y seis reales* el costal de cuatro arrobas. Las atrocidades que uno á otro se echaron á la cara no son para reproducidas. Injurioso y procaz estuvo el vejete usurero, tan insensible á la caridad como al patriotismo; severo y contundente se mostró el buen ciudadano Montoria, de cuya boca salieron aquel día, entre la andanada de vituperios y anatemas, todas las *porras* que almacenaba su alma fogosa para los casos de cumplimiento del deber en el orden militar y cívico.

El resultado fué que sacamos los costales de harina, pagándolos en buena plata al precio de cuarenta y ocho reales. Terminó la dramática escena con coletilla bullanguera y cómica. La mucha gente que se había reunido en la calle impidió al viejo Candiola entrar en su casa. Rodeándole al punto los chiquillos, que en alegre y marcial bandada llevábamos por delante, tomáronle por su cuenta. Unos le empujaban hacia adelante, otros hacia atrás; hacíanle trizas el vestido, y los más, tomando la ofensiva desde lejos, le arrojaban en grandes masas el lodo de la calle.

En cuanto depositamos los costales de harina en el almacén de la Junta de Abastos, busqué á mi amigo inseparable Agustín Montoria. Después de dar mil vueltas por la ciudad, le hallé, á la caída de la tarde, en el Molino de pólvora, instalado hacia San Juan de los Panetes. Ayudaba con febril actividad á los que ponían en sacos y en barriles la cantidad fabricada en el día, que era de nueve á diez quintales. Horriblemente atribulado estaba el pobre chico por el atropello de la casa de su novia: aquel desagradable suceso agrandaba el inmenso abismo que le separaba de la realización de sus amorosos deseos. La idea de morir se posesionaba

de su espíritu. Su mayor gusto sería rodearse de aquella enorme masa de pólvora, y darle fuego, y volar hasta el quinto cielo para caer luego hecho cenizas... Yo mereí. Por apartar de su mente tan lúgubres ideas, me le llevé á las Tenerías, donde se habían emprendido grandes obras de fortificación para contrarrestar las cincuenta bocas de fuego que los francesitos ha-



bían emplazado desde San José á la desembocadura de la Huerva. Defensas eran, como veréis luego, de mazapán y guirlache; pero las endurecía y amargaba el alma aragonesa que llevaban dentro.

Del trabajo en las fortificaciones descansábamos ¡parece mentira! transportando heridos al Pilar y á la Seo, desalojando casas incendiadas, ó bien llevando material á los señores canónigos, frailes y magistrados de la Audiencia, que hacían cartuchos en San Juan de los Panetes. El bombardeo, que no había cesado en todo el día, continuaba en la noche, aunque un poco menos recio. De vez en cuando los proyectiles hora-